

EL CASTILLO DE FALESA.



Hace dos años volviendo de Cherburgo me detuve en Caen para ir desde allí á Alençon donde me aguardaba uno de mis amigos. Desgraciadamente el camino que une á Alençon con la capital de la baja Normandía no se hallaba todavía abierto sino hasta Argentan, y el servicio entre Caen y Argentan se hacia por una abominable diligencia que vol-

caba regularmente siete veces por semana. Además se hallaban tan bien organizadas las correspondencias que en el momento en que bajaba del camino de hierro me dijeron que hacia ya una hora que se habia marchado la diligencia. Caen es seguramente una ciudad muy bonita y digna de la atención del viajero, empero no conozco ciudad tan bonita

SEGUNDA SERIE.—1862.

AÑO XX. 31.

que pueda consolarme de hacer aguardar á un amigo. Fastidiado estaba cuando tres viageros que se hallaban en el mismo embarazo que yo, se llegaron á mí y me hicieron una proposición que acepté inmediatamente.

Tratábase de fletar entre nosotros cuatro un carruaje cualquiera, carretela, berlina, faeton, cualquier cosa, con tal que el cobero nos prometiese ponernos en la estación de Argentan cinco minutos antes de la salida del tren.

Al cabo de un cuarto de hora encontramos el carruaje: era á fe mía una carretela que en su juventud había estado suspendida sobre muelles y que no tenía todavía muy mala traza enganchada á dos vigorosos jamelgos.

En cambio me apercibí de que mis futuros compañeros de viaje habían ligeramente abusado de mi buena fe. El uno estaba escoltado de su hijo, un mocetón de doce años que decía no debía entrar en el ajuste. El otro tenía uno de esos vientres inverosímiles que un viagero de delicadeza debería de dejarse en la vaca con los equipages. El tercero era mucho peor, el tercero era uno de esos dependientes de comercio que viajan continuamente y que la echaba de gracioso.

Así preguntábame á mí mismo por qué aquellos buenos señores se habían dignado pensar en mí, cuando el látigo del cobero me advirtió que mis reflexiones podían hacer que no llegase á tiempo al camino de hierro de Argentan. Eché una última mirada al carruaje y no había allí ya ni un alfiler. Un empresario mismo de teatro no hubiera tenido la pretensión de colocar allí un espectador más.

—¿Por qué no sube vd. al lado del cobero? me dijo entonces uno de mis compañeros.

Fué esto para mí un rayo de luz; dos segundos después me hallaba instalado en el pescante y encendía un cigarro dando gracias al cielo de haberme libertado de los dos más grandes tormentos que conozco, la falta de aire y la sociedad de gentes fastidiosas.

Además el día era magnífico, el sol no tenía esos ardientes rayos que abrasan sino ese dulce calor que hace circular la sangre: un aire un poco vivo activado por el trote de nuestros dos jamelgos me refrescaba la cara. El camino por medio de prados verdes ó por campos sembrados de manzanos se desarrollaba delante de nosotros liso, igual y tan bien cuidado como las alamedas de un parque inglés. Los bueyes nos miraban al pasar enseñándonos sobre las cercas sus inteligentes cabezas: las buenas mugeres, adornada su cabeza con el gorro de percal tradicional en el país, saludaban amistosamente en nuestro tránsito. Era una cosa deliciosa nuestro viajecito de tres horas.

Para colmo de felicidad me había tocado un cobero que no era tonto ni pedante. Era un normando de colorados y frescos molletes, de sonrisa maligna, gran aficionado á la cidra á juzgar por las estaciones que hacía á cada taberna, un poco hablador, y teniendo por más agradable el hablar con un cristiano que con bestias que no entienden más que las palabras ¡arre! y ¡soo! Así no tardamos mucho en trabar conocimiento. Un cigarro ofrecido y aceptado hizo todo el gasto, y al cabo de una media hora éramos los mejores amigos del mundo.

Muy pronto llegamos á una cuesta bastante pendiente que coronaba una población edificada sobre las dos vertientes de la colina: á la izquierda un viejo castillo arruinado que de sus antiguas construcciones no había guardado más que una torre bastante bien conservada, dominaba uno

de los barrios amenazando aplastarlo todo entero el día que le diese la gana de bajar al valle. Echamos pie á tierra para aliviar de peso á los caballos, mientras que mis tres asociados que habían pagado su dinero por ir en coche, no entendieron el andar á pie habiendo soltado el dinero.

Pregunté entonces á mi normando cual era aquella población y aquellas ruinas y me enteré de estas noticias.

La población era Falesa, una antigua ciudad normanda: las ruinas eran las del castillo donde había nacido Guillermo el Conquistador.

Un día Roberto el Diabolo, duque de Normandía, llamado así á causa de los grandes pecados que pesaban sobre su conciencia, al volver de la caza, encontró á orillas del arroyo que corre al pie de Falesa á la hija de un curtidor de la villa, la señorita Arleta, que estaba lavando la ropa con sus compañeras y se enamoró de ella. Algun tiempo después fué á Palestina á expiar sus pecados y murió de mala muerte en Nicea. Guillermo, hijo de Roberto el Diabolo y de la bella Arleta, le sucedió en su ducado y se preparaba á la conquista de la Inglaterra.

Guillermo, era vanidoso y no le gustaba que le recordasen que era el nieto de un curtidor. Estando sitiando á Alençon se le ocurrió á las gentes de la ciudad el gritar desde lo alto de las murallas:

—¡La piel! ¡La piel!

Y esto golpeando sobre unos cueros. Entonces el duque montó en cólera avergonzado del modo de recordarle su origen é hizo cortar los pies y las manos á sus prisioneros y los envió á los sitiados.

Verdad es que no era amigo de burlas. Felipe de Francia chanceándose sobre lo abultado de su vientre y sobre una enfermedad que le retenía en cama en Rouen había dicho:

—Mucho tarda en parir el rey de Inglaterra, gran función habrá cuando se levante.

—Iré á celebrarla á la catedral de París, respondió Guillermo, con diez mil lanzas á guisa de cirios.

Y en efecto se había levantado, había reunido su ejército, y marchando sobre París había entrado por todo el país á fuego y sangre cuando se mató de la caída de un caballo en la toma de Mantes.

Después de este tiempo el castillo de Falesa había sido sitiado y tomado por Enrique IV; después no había vuelto á hablarse ya de él, y poco á poco se iba arruinando. Hoy á sus pies en el barrio de Giebrai cuyo centro forma, se celebran en agosto y setiembre de cada año dos ferias célebres de caballos, ganados y toda especie de mercancías.

Así charlando llegamos á las primeras casas de Falesa y me chocó la prodigiosa cantidad de medias y de gorros de algodón que se ostentaban al natural tras las vidrieras de las tiendas ó pintadas sobre las muestras.

Falesa, la cuna de Guillermo el Conquistador es al presente el gran fabricante de medias y de gorros de la baja Normandía. Tal es la ley del progreso.

Volvimos entonces á ocupar nuestro sitio en el pescante, y dos horas después entramos en Argentan, pero el tren del camino de hierro iba á marchar y apenas tuve tiempo de tomar mi billete.

En cuanto á comer no hubo que pensar en ello si quería no hacer aguardar á mi amigo. Verdad es que al llegar á Alençon supe que por su parte mi amigo no había tenido por conveniente el aguardarme y se había largado á París.

AYER, HOY Y MAÑANA.

EL CASERO DE ANTAÑO.

Háblame con franqueza, lector, si no has de mirarle atentamente, doblo la hoja y paso adelante.

Me quedan pocas páginas que escribir, para dar por terminada la primera parte de esta obra, tengo muchas cosas que contar en ellas, y estoy resuelto á sacrificar al casero, si tú no haces ánimo de examinar con detencion su retrato. Con que vengamos á cuentas y hablemos claro.

¿Quieres que sacrifique al casero?

Piénsalo bien antes de contestarme, no sea que te seduzca la proposicion.

Yo bien sé que tendrás ganas de sacrificar una vez al que tantas te ha sacrificado; pero reflexiona y mira que tu casero no es el mio, y que inmolar al casero de antaño para vengarse del de ogaño seria lo mismo que fusilar la estatua de la Fé, para castigo de la incredulidad.

Si yo sacrifico ahora al casero de AYER, dando al olvido su memoria, no te libras de que el casero de hoy, llamándose propietario, lo sea de tu habitacion para écharte de ella cuando le acomode, de tu dinero para retenerte media anualidad por via de fianza y de los 365 fueros que tiene sobre tí y de los que nada quiero decir ahora.

El casero sacrificado seria el que ya lo era en su tiempo, viéndose obligado á arrendar su finca á los militares, y á los alcaldes de Casa y Corte, y á otra multitud de gentes privilegiadas para los arriendos; y á no poder subir el precio del alquiler sino le acomodaba al inquilino, que como puedes suponer no le acomodaba, y á otra porcion de cosas, que venian á hacer ilusorio el derecho de propiedad.

Tu casero, es el que te cita á juicio de conciliacion, para pedirte el desauco por un quítame allá esas pajas. Porque te has atrasado ocho dias en pagarle un mes, que él tiene ya en fianza con otros tres ó cuatro; ó porque hay otro inquilino que le ofrece un real mas al dia, ó porque das posada al peregrino y le rebajas el decoro de la fachada poniendo papelititos en los balcones, y últimamente... porque quiere, que para eso y para mucho mas, es el amo de la finca.

El mio por el contrario, lejos de demandar á sus inquilinos, teme que ellos le demanden y los mima y los contempla, y si hace alguna alteracion en los arriendos, es para bajar el precio, y los consuela si se afligen por no poderle pagar; y en suma, siempre entra perdiendo y pocas veces sale ganando.

Por lo cual puede decirse, que AYER el propietario de la finca era el inquilino, y que el casero de hoy es á la vez inquilino, propietario y todo lo que hay que ser, menos casero.

Porque á pesar de lo mucho que hoy se habla de los caseros, y de lo que contra ellos se declama, el verdadero casero es un tipo que pertenece á la historia de lo pasado, y su retrato no puede ser otra cosa que un cuadro mas en este museo necrológico.

Pero no un cuadro cualquiera, sino tan importante que vendrá á ser con el tiempo la perla de la coleccion.

Y téngase en cuenta que no es su autor el que le dá tan grande estima, sino que le han visto muchos inteligentes, y

todos están conformes en decir que no tiene precio. Habiendo añadido algunos, que si se sacara hoy á pública subasta, acudirian á pujarle todos los inquilinos de España que, como puedes figurarte, son muchos mas que los caseros.

Pero no hay cuidado; no se vende. La gran familia de los propietarios de fincas urbanas, respeta mucho su memoria, y se ha empeñado en no dejarle salir del panteon.

Hay quien dice que andan por ahí algunas copias mal hechas, pero se ha ofrecido un gran premio al que presente alguna, y no se ha conseguido nada.

Acaso habrá hoy algun casero que se dé un aire al de AYER, pero será un aire como el que dice el Diccionario de la Lengua que hacen los abanicos; aire falso, aire de diccionario que no tiene obligacion de saber distinguir el viento del aire.

Y para que veas que tengo razon en lo que digo, ahí te va el cuadro original; míralo:

En primer término está la casa, y es natural, porque sin ella no estaria el casero. El pintor ha hecho bien en suponer que las madres nacen antes que los hijos, y los efectos despues de las causas.

No es moza de gran estatura, pero tiene sus tres pisos: el bajo, el principal y las guardillas.

Y si no es mas alta, es porque la tiene encanijada un monasterio vecino, cuyo registro no le está permitido; y una vez que quiso alzar la cabeza, se la cortó la autoridad, apercibiéndola para que en lo sucesivo no buscara la luz por ventanas ó guardillas que pudiesen registrar la clausura, ni hiciese sombra al convento, embarazando á las monjas el sol y el aire, porque siendo su morada continua en la casa, necesitan habitacion sana.

Vivió en sus mocedades muy pintarrajada de verde, y rosa, con muchos ramos amarillos y algunas liras blancas, pero ya se la van cayendo los adobes y descubre sus huesos de piedra berroqueña y de ladrillo. Apenas puede con el peso de los balcones, y ya se habria echado al suelo con la carga, si no la mantuvieran en pié dos gruesas vigas que la tienen apuntalada, por el costado izquierdo, sin faltar al decoro de la fachada principal.

La denunciaron por vieja, como si la vejez fuera un pecado, y reconocida por un arquitecto, dijo que no esperaba peligro de muerte, y que podria vivir diez años mas con solo echarla un apeo.

Y la apearon, y el público, si le estorbaban las vigas pasaba por debajo de ellas ó se iba por la otra acera y no habia nada perdido.

El portal estaba desembarazado y libre de portero, de cancela, y hasta de baldosas en el pavimento. Habia estado empedrado, pero como las cosas humanas no son eternas, ya no lo estaba, y solo le quedaban algunas piedras en derredor del albañal que pasaba por en medio.

Sobre la puerta, grabado en la piedra, habia una cruz y dos corazones, y debajo se leia el consabido *alabado sea el Santísimo Sacramento*, y el *Jesús María y José*, y mas abajo el año en que fué reedificada.

Y allá, sobre el balcon principal, un azulejo pequeño en el que algunos dicen que leian lo siguiente: *Visita general, casa, número tantos*. Lo cual servia para dar número á las casas, pero no para que sirviera la numeracion, porque un mismo número solia estar repetido cinco ó seis veces en una

misma calle: pero no en una misma manzana, y por eso el que tenia interés en buscar alguna casa, lo conseguia con solo retener en la memoria el nombre de la calle, el número de la manzana y el de la casa.

En una de las paredes del portal habia un retablo de la Virgen de los Dolores, alumbrado por una luz de aceite, que solia costear, por vía de censo, el dueño de la casa, y debajo, una puerta pequeña rota, y nunca cerrada, á pesar de que cada inquilino tenia una llave de ella. Pero como no eran los amos sino los criados los que bajaban á verter allí la basura de la semana, se olvidaban de cerrar el basurero.

La escalera era estrecha, pero en cambio los escalones eran muy altos, y pocos brinco costaba el llegar arriba.— En la última meseta, entre las dos puertas de los cuartos principales, y sobre una pared de yeso negro, se veia un sùcio, arrugado y cuarteado lienzo de autor anónimo, y que representaba, segun unos, *las tentaciones de San Anton*, y segun otros, *la purísima Concepcion*.

En cada una de las puertas habia asimismo clavada una estampita del sagrado corazon de Jesus, ó de la efigie de Santa Bárbara, ó la cara de Dios, y el tirador de la campanilla era una cuerda de cáñamo con mas nudos que la de San Francisco, y que remataba en un zoquete de madera.

Si faltaba ese modesto avisador, habia necesidad de poner los nudillos en contacto con la madera para anunciarse al inquilino, y pasar adelante.

Nosotros no lo haremos, porque ya hemos dicho que respetamos la vida privada de las gentes de AYER, y para ver un cuarto de la casa, no necesitamos que esté habitado. Solo hemos de hablar de las paredes, y esto se logra fácilmente pidiendo las llaves de un cuarto desalquilado.

Pero es inútil semejante diligencia, porque el alquiler y el alquilador forman el segundo término de este cuadro.

Su autor ha querido hacerle completo, y nos presenta un matrimonio, llamando al cuarto contiguo al que está por alquilar, desde donde se oye una voz que pregunta:

—¿Quién es?

Y otra que responde:

—Gente de paz.

—¿Quién es la gente de paz? repite la voz primera.

—¿Tiene vd. las llaves del cuarto desalquilado? pregunta la segunda.

Y contestan entregando al que habla, dos que ni las de San Pedro en cuanto á lo pesadas, y en cuanto á lo antiguas y aun en cuanto á lo poco familiarizadas que están con la cerradura.

Pero dice la vecina que ella les conoce las mañas, y con un poco de aceite del velon, y alzando la puerta con la mano izquierda y apalancando con la derecha la llave, abre por fin y entra con el matrimonio, diciéndoles:

—Aunque sea descortesía, ¿son ustedes muchos de familia?

Y el caballero, que no sabe si la descortesía es la de la pregunta, ó la de tener mas ó menos familia, responde que ni mucha ni poca, y la vecina añade:

—Los que vivian antes en este cuarto eran doce: un matrimonio con cuatro hijos, las dos suegras, el padrastró, una hermana del marido, un tío sacerdote y la criada.

—Estrechitos andarian, repuso el caballero que ya habia dado un vistazo á la casa.

—No lo crea vd., es mas de lo que vd. se figura la ca-

sita esta; tiene mucho fondo, y en la alcoba principal caben muy cómodamente seis catres, y la cama de matrimonio.

—Verdad es, dijo el caballero, pero eso tiene sus inconvenientes, porque hay que poner biombos entre una y otra cama.

—O cortinas, repuso la muger, y es mas barato, porque con unos clavitos y unas cuerdas de pared á pared está listo todo. En la mia, que no es tan grande como ésta, hay cuatro camas, seis cofres y dos armarios. Yo, digo á vds. la verdad, me angustian las alcobas pequeñas en que no se pueden colocar sino dos catres y un par de baules. Pues no digo nada de las demás piezas, que hay salas en algunas casas que con un par de canapés, doce sillas y tres ó cuatro mesas ya están llenas! La mia se traga tres canapés, veinticuatro sillas, cuatro rinconeras y dos mesas, y parece que está todo bailando. Y en ésta ya ven vds. que pueden correr caballos.

—Yo no los tengo, dijo el caballero sonriendo.

—Ya, pero es un decir; tampoco los tenia el vecino que se ha marchado, y se alegraba mucho de tener un desahogo tan grande, para los niños sobre todo... A pesar de que, sin ofender á nadie, los tenia muy bien educados, y rara vez entraban aquí, porque hay un corredor muy hermoso y allí jugaban siempre.

El corredor de que hablaba la vecina, era el que daba la vuelta al patio, y recibia la luz y el sol sin el oficioso correteaje del vidrio. Por él se iba á la cocina y al comedor y al despacho y á la pieza mas importante del cuarto.

A la primera que pidieron ver los visitantes y la que citaba con orgullo el dueño de la casa. Y no porque el tenerla fuera una escepcion, sino porque era una de las mejores en su clase y ella sola bastaba para recomendar el cuarto.

Buena era la alcoba y la indispensable sala de recibo, pasadizo perpétuo del gabinete, y bueno tambien el despacho, antesala de una alcoba para los criados, y el comedor con otra alcoba y siempre de paso á la cocina, pero ¿qué valia ninguna de esas piezas comparada con la otra?

No con *la de jabonar*, ni con *la de los baules*, ni con *la de la ropa sucia*, piezas indispensables en toda casa de buen gobierno, sino con la despensa.

Ea despensa, amigo lector, la despensa era una pieza importantísima, cuando las tiendas de *mercería*, que así se llamaban entonces las de comestibles, no vendian otra cosa que aceite, jabon, velas de sebo, pajuelas y otros manjares por el estilo.

En todas las casas era la pieza favorita, pero no todas la tenian como era debido. Una despensa en la fachada del mediodía, no servia para conservar el tocino, ni los jamones, ni los chorizos, ni el queso manchego, ni las pastas. Para que no se enranciara el aceite ni se apollasen los garbanzos, era preciso guardarlo todo en la pieza mas fría de la casa.

Una despensa con ventana al Norte, era el bello ideal de los inquilinos de AYER.

Nuestro matrimonio no necesitó ver mas para decidirse á tomar en arrendamiento el cuarto y preguntó quien era el casero, ó mejor dicho á donde vivia, porque ni al inquilino le importaba saber su nombre y apellido para buscarle, ni luego le habia de dar otro nombre que el de casero.

Así le llamaban todos los inquilinos, y hasta sus propios amigos le conocían por ese nombre, que había recibido en la pila bautismal si heredó la finca de sus padres, ó mas tarde, al pasar del estado llano, vulgo pobre, al estado rico ó de propietario.

Por eso el matrimonio llegó á la casa-habitación que buscaba, y apenas preguntaron si vivía allí el casero de... sin dejarles dar las señas de la casa les hicieron pasar adelante.

Sabía el criado que su amo era casero, y como esa especie no ha sido nunca muy abundante, eran inútiles mas esplicaciones. Desde luego les condujo á la presencia, no del casero, sino de la casera, de la verdadera propietaria de la finca.

Señora de unos cincuenta y cinco años, que aun se acordaban de haber sido acriles y estaban reventando por salir de la estrecha prisión en que los tenía la negra basquiña y el pañuelo de paño pardo, estampado de verde, y la cofia blanca, y el delantal de indiana y los zapatos de tabi-nete amarillo.

No debía al droguero ni al boticario el color que la teñía el rostro, y de su pelo podía decir, con orgullo, que mas vale poco conocido que bueno por conocer.

Había vivido en el estado honesto los primeros cuarenta años de su vida, y heredó antes de cumplir los cuarenta y uno, dos casas, la en que vivía y la que alquilaba, y despues de cerrar los ojos al consejero de Indias, á quien había servido de doncella veinte años, se casó con el ayuda de cámara de su Ilustrísima, á quien también dejó su amo una manda aunque pequeña.

Ella era por lo tanto la dueña de las fincas, y ella era la que tenía el derecho de escoger los inquilinos. Su esposo no era sino casero-consorte y solo le pertenecía la cobranza de los alquileres, y el constituirse en sobrestante, cuando se hacían algunos reparos en la casa.

Recibió al matrimonio con agrado, preguntó al marido el nombre, el empleo, y si eran muchos ó pocos de familia, y cuando ya se hubo impuesto de todo, les dijo:

—¿Se han enterado vds. bien á fondo de la casa?

—Si señora, la respondieron.

—Tiene muchas comodidades, añadió, y ya no quedan muchas como ella en la corte. Como tenga vd. cuidado, dijo, dirigiéndose á la señora, de cerrar en verano á piedra y lodo los balcones antes que salga el sol, y riegue vd. las habitaciones y abra la puerta de la escalera, estará el cuarto mas fresco que una lechuga. Pues no digo nada en tiempo de invierno!..... Sin otra cosa que clavar unos orillos de paño en las ventanas, y poner un felpudo ó una piel delante de cada puerta, apenas hay necesidad de arrimarse al brasero.

—Yo quisiera, dijo la señora, que se me blanqueasen las alcobas y la cocina, porque están muy sucias.

—No puede ser, interrumpió la casera, ¡pues si apenas hace doce años que se blanqueó la casa!

—Sin embargo, están muy sucias las paredes y se conoce que no eran muy limpios los inquilinos que la han dejado.

—¡Qué no eran limpios!... vaya!... como los chorros de la plata. Mal genio tenía la señora, eso sí, pero limpia y aseada y muger de su casa, como buena vizcaina. Esas manchas que vd. ha visto, las escupe la pared, y vd. misma con

un estropajito y un poco de agua las quita y queda la casa como nueva.

—Lo que me ha parecido, dijo el caballero, es que ha de haber algunas goteras, y eso sí que lo sentiría.

—No tenga vd. cuidado, repuso la casera, porque tampoco hace seis años que se retejó toda la casa. Lo que sucede es que cuando llueve mucho, siempre se escurre alguna gota entre las vigas; pero eso con tener cuidado de poner cazuelas en algunos parages, está remediado.

—Y de vidrios, ¿está corriente?

—Sí, señor, no falta ninguno; de dos ó tres que hay rotos en el balcón del gabinete, tenemos aquí los pedazos, y ya se los dará á vd. mi marido, para que con unas obleitas y unas tiras de papel, los componga y está todo aviado. También les dará á vds. cuatro ó cinco baldosas que ha de haber rotas para que cuando vaya por allí el albañil, las reciba con un poco de yeso.

—Y de camino, dijo la muger al marido, si hay algun agujero de ratones, le diremos que eche una pellada; me parece que en la cocina y en la despensa he visto alguno.

—Podrá ser, replicó la casera, pero eso vd. misma ó la criada, meten un carbon en cada agujero, y no hay nada mejor.

—Para todo encuentra salida esta señora, dijo la nueva inquilina un tanto picada.

—No vé vd. que llevo muchos años de bregar con inquilinos, y si fuera una á dar gusto á todos, siempre estarían echando remiendos los albañiles. Y parece que no es nada, pero un jornal de aquí y otro de allá se llevan la renta; sobre todo ahora que tenemos esas nuevas cargas del alumbrado y de los serenos, y el dichoso bando sobre incendios, que con la limpieza de las chimeneas todos los años, y el embaldosado de las guardillas, y la hojadelata en las ventanas de las cuevas, y el arreglo de los fogones, nos sacan un dineral.

—Y en el precio, repuso el caballero, ¿no me hará vd. alguna gracia? Tres reales y medio diarios es mucho; báje-me vd. siquiera el medio real.

—Es imposible bajar ni un ochavo, son quince piezas y todas grandes, y en buen sitio; como que allí vale cada pie de terreno á ocho reales de vellón (1). Y sobre todo la comodidad de la despensa; ella sola vale los tres reales y medio. ¿Se han enterado ustedes bien de lo que es la tal despensa?

—Si, ya hemos visto que tiene ventana al Norte.

—¡Pero qué ventana! Allí se conserva el tocino todo el año como el primer día.

—¿Qué tal vecindad tenemos? preguntó el caballero.

—Escelente, contestó la casera. Toda gente muy honrada, buenos cristianos, enemigos de bullangas, y muy tratables bajo todos conceptos.

—Me alegro mucho, porque la buena vecindad es muy

(1) En la Puerta del Sol valía cada pie de terreno treinta reales; en lo alto de la Carrera de San Gerónimo seis; y en lo que hoy es Congreso de Diputados, un real. En Platerías diez reales; en la calle Ancha de San Bernardo ocho reales; y en la última mitad de la calle de Fuencarral, medio real, ni mas ni menos que en la de Hortaleza. Si hoy anduvieran los *pies* tan baratos, no llevarían los suyos en coche los caseros.

(Nota de un inquilino de hoy.)

útil, y yo que no soy amigo de ruidos, ni de salir de casa de noche...

—Va vd. á estar perfectamente, repuso la casera, porque ningún vecino se retira tarde, y los del cuarto bajo de la derecha, se reúnen con los del otro principal á rezar el rosario, y luego hasta las diez, las mugeres hacen labor y los hombres charlan ó leen en voz alta, libros entretenidos y honestos.

—Pues señor, me acomoda la casa.

—Estarán vds. cada día mas contentos, dijo la casera.

Y se alzó de su asiento, gritando:

—Juan, ven á hacer el recibo del alquiler y á entregar las llaves á este caballero.

Y el buen Juan salió con la pluma detrás de la oreja, y el peluquín en el cogote, á saludar á los nuevos inquilinos.

Díjole su muger que ya ella lo había dicho todo y que no tenía otra cosa que hacer, sino entregar las llaves, que él traía ensartadas en una cuerda.

—Esta, les dijo, enseñándoles la mayor, es la de la puerta de la calle; para abrir no hay mas que apretar un poco con la rodilla, y dar al propio tiempo la vuelta, sin hacer fuerza para que no se rompan las guardas. Cada vecino tiene la suya, y al anochecer, la semana que toca por turno, se baja á cerrar, y lo mismo los días de fiesta á las dos de la tarde. Esta otra, añadió, es la del basurero; si vd. ha vivido antes de ahora en Madrid, ya sabrá que todos los días se baja á verter la espuerta, hasta que los sábados se la llevan toda junta los barrenderos.

Con esplicaciones análogas entregó cada una de las llaves, recomendando mucho que no hiciesen fuerza al usarlas, y dijo:

—Mi esposa habrá enterado á vds. de todo, y creo inútil, por mi parte añadir nada mas, sino que disfruten muchos años con salud y en gracia de Dios el cuarto. Ahora estenderemos el recibo, y si vds. gustan iremos allá para darles la posesión.

Así lo hicieron, estendiéndose el recibo con la condicion de que el inquilino había de pagar por meses vencidos; que podía vivir la casa todo el tiempo que quisiera, sin que pudiese el dueño subir el precio del alquiler hasta pasados diez años; que si á ese tiempo lo hacia, había de ser previa tasacion de dos *alarifes* ó maestros de obras, nombrados el uno por el dueño y el otro por el inquilino; y en suma, que ni el pretexto de hacer obra en el cuarto era suficiente motivo para el desahucio. Eso y mucho mas prevenia el famoso *Auto acordado* de los señores de la Sala, que los inquilinos sabian de memoria, y al cual los caseros no faltaban en un ápice, á pesar de lo poco que favorecía sus intereses.

Pero ya hemos dicho que el casero de antaño no era tan propietario absoluto de la finca, como lo era de la casaca que llevaba sobre sus hombros ó de las tierras que labraba y podía sembrar á su antojo de trigo ó de alfalfa, aunque tambien para esto había sus restricciones, merced á la famosa intervencion de las municipalidades en el precio del pan, y á otras regalías con las que el pobre vivía muy regaladamente.

El casero-consorte, perfectamente instruido por su esposa de lo que debía hacer en semejantes casos, probó una por una todas las llaves de la casa, dió al inquilino algunas lecciones acerca del difícil manejo de las fallebas y barras de

los balcones, le enseñó la manera de colocar la muy pesada de madera que se ponía de noche en el portal, y por último, se informó con maña, de que los nuevos inquilinos tenían la bula de la Santa Cruzada, y las cédulas del cumplimiento de Iglesia.

Semejante averiguacion decia su esposa, que no era indispensable, porque cada cual era dueño de su conciencia, pero la tenía por muy útil atendido á que si la Inquisicion procesaba á algun inquilino, se veía obligada á picar y blanquear el cuarto, y aun así tardaba mucho tiempo en hallar quien quisiera alquilarlo.

El día de la cobranza mensual de los alquileres, solía la casera acompañar á su marido, que con un libro de pergamino debajo del brazo y un tintero de cuero en el bolsillo, amarrado al ojal, llegaba á los cuartos y cuando preguntaban, quién era el que llamaba, solía contestar:

—El pícaro del casero.

Y pasaba adelante gastando otra porcion de chanzas por el estilo, siempre de buen humor y próximo á enternecerse y á tomar parte en las desgracias y miserias del inquilino.

En sus relaciones con el trazista y maestro de la fábrica y en las que tenía mas frecuentemente con los demás menestrales, era asimismo afable y misericordioso y hasta filántropo, si entonces esta palabra no la tuviera la caridad metida debajo de siete estados de tierra.

Intervenía minuciosamente todos los trabajos, evitando y recogiendo por sí propio un polvo de yeso que pudiera desperdiciarse; cuidaba de que no se quebrara ningún ladrillo, prohibía á los albañiles que espusiesen la vida por perfeccionar la obra, y nunca mandaba retejar ó hacer otro reparo peligroso sin mandar decir una misa á San Vicente Ferrer, de cuyo santo sabía que habiéndose caído un albañil de un andamio, le mandó que se detuviera en el aire, mientras él iba á pedir al prior licencia para hacer el milagro de que no se hiciese daño al caer al suelo.

Para los reparos de cerrajería y aun para algunos de carpintería no necesitaba acudir á los menestrales, porque era él sobrado mañoso, para enderezar un picaporte, arreglar la hembrilla de un cerrojo, y aun rebajar una puerta, si el inquilino se quejaba de que no se podía cerrar sobre la estera.

Su libro predilecto, eran las *Ordenanzas de Madrid*, escritas por Teodoro Ardemans, y sabía de memoria todos los preceptos que en ellas se contienen, tanto para la construccion, como para el entretenimiento y conservacion de las fábricas.

En ninguna de las que él administraba y que aportó al matrimonio su esposa, consintió dormitorios que no tuviesen una pieza de resguardo, ni los hizo con la pared de la cabecera contigua á pozo, fuente, albañal, sumidero ni arca de agua. Si los inquilinos del cuarto bajo se quejaban de humedad, cerraba las ventanas por espacio de veinticuatro horas, y clavaba un papel en la pared y otro en el suelo para ver si al día siguiente estaban húmedos.

Encargaba á los inquilinos que abriesen las ventanas dos ó tres veces al día, para purificar el ambiente de las habitaciones, y que le avisaran si la chimenea revocaba el humo, para ver si consistía en su fábrica, ó en la elevacion de la medianera.

Desde que leyó las citadas ordenanzas no consintió re-

cantones, ni poyos empedrados delante de sus casas, por no haber entrado en ellas S. M.; metió las rejas que salían mas de cuatro dedos en calle de diez y seis pies, y solo permitió que tuviesen medio pie las que estaban en calle de veinte y cuatro; y reemplazó con balcones de hierro los de madera, porque vió que Ardemans decía que *la madera es yerba y se pudre*.

También sabía de memoria el bando sobre incendios, recientemente publicado por la sala de Alcaldes, y se dió prisa á cumplir cuanto en él se mandaba á los dueños de casas en la corte, girando una visita por todas ellas, para recordar y prevenir á los inquilinos que no se descuidasen en obedecer lo que á ellos tocaba. Y aun se tomó el trabajo de darles una copia de los artículos siguientes:

9.º «Se prohíbe la venta de los fósforos, pena de diez ducados, por *no considerarse de ninguna utilidad* (1).

10. «En ninguna tienda de mercader, ni en portales, ni en otros sitios se permitirán luces de sebo ó cera con pretexto de devoción, pena de diez ducados, por los inconvenientes experimentados en este y el pasado siglo.

11. «Se prohíbe absolutamente el uso de luminarias de tea ó de virutas de madera que se acostumbra poner delante de las iglesias la víspera de sus fiestas, ó casas particulares, pena de diez ducados al que las ponga y al que las alquile.

12. «Los lacayos no podrán sacudir las hachas contra las esquinas, paredes, puertas ni en las ruedas de los coches sino en las zagras, pena de cuatro ducados por la primera vez y de aumentarse en los casos de reincidencia.

14. «En ningún tiempo del año se quemará en las calles ni plazuelas, la paja que se desecha de los jergones ó con cualquier otro motivo, pena de seis ducados.»

No incluía en la copia anterior el artículo 17 del bando que prohibía sacar á encender los braseros al balcon y arrojar cenizas á la calle, porque sus casas no estaban en la Plaza Mayor, y solo con ellas hablaba el artículo.

También AYER era costumbre poner la cebada al asno muerto, y recordando el terrible y memorable incendio de la Plaza, á ella sola se limitaban ciertas prohibiciones; siendo por lo tanto lícito á los confiteros, cereros, bodegoneros, sombrereros y pasteleros, trabajar en sus propias casas, sin que pudieran hacer lo propio los que vivían en la Plaza y sus avenidas, que solo podían vender allí sus manufacturas, pena de cien ducados.

Otras muchas órdenes y reales disposiciones sabía de coro el casero de antaño y era un fiel observante de todos los mandatos de la autoridad. Sin que por esto se crea que dejaba de representar alguna vez contra ciertas medidas, llegando respetuosamente á los pies del trono á pedir justicia, siempre en el concepto de gracia y á hacer presente las muchas cargas que pesaban sobre sus fincas.

La mas libre de todas tenía sobre sí, amen de las cargas de alumbrado y de aposento diez ó doce censos que pagaba á los hospitales y á las casas de la grandeza, y á los conventos de monjas y al Santo Oficio, y á otra porción de instituciones que vivían á expensas del casero.

(1) El escribano que en 1790 autorizaba este bando, en el cual se decía que los fósforos son de ninguna utilidad, se llamaba don Joaquín Gómez Palacio. Se lo avisamos al fosforero don Pascasio Lizarbe, por si quiere lanzarle algun anatema en las copias que regala á sus parroquianos encomiando la utilidad de las cerillas fosfóricas.

Pero el casero de que venimos hablando y hablando mucho, es el seglar, y este no era el mas abundante en aquella época. El verdadero casero de antaño es el fraile.

El padre procurador del convento, que con un rollo de pergamino y un tintero, pasaba el dia recorriendo, alquilando y cobrando las cien casas propias de la comunidad, era el verdadero propietario de las fincas urbanas de la corte.

Entendía como el seglar en la compra de materiales y en el pago de los trabajadores y era como él, un sobrestante perpétuo de las obras y reparos que se ofrecían en las fincas.

Los albaniles y demás menestrales preferían trabajar á las órdenes del fraile porque les escatimaba menos el material, gracias á que le habia costado mas barato que al seglar, aun cuando la diferencia no hubiese sido otra que la de entrarle todo libre de derechos. Privilegio, y sea dicho de paso, que gozaban también en todos los artículos que consumía el convento.

Preferíanle asimismo los inquilinos, porque solía arrendarles mas baratas las habitaciones, y porque algunas veces si congeniaba con la familia, les hacia la honra de acompañarles á tomar chocolate, y hasta enseñaba la doctrina á los niños, con mas paciencia, segun decían las mugeres, que su propio padre.

Encontrar habitación en una casa *mostrenca*, que así se llamaban despues las de los frailes, era lo que decían entonces, *una viña*, y los que la alcanzaban, si sabían llevar el genio al padre procurador, venían á ser los verdaderos propietarios de la finca.

Pero en cambio, como todas las cosas tienen su lado feo y su lado bonito, los que no acertaban á ser complacientes con la paternidad casera, pasaban no pocos trabajos.

Generalmente habia la mejor armonía entre el casero y el inquilino, porque ni el fraile era muy exigente, ni como decían las mugeres á sus maridos, debían romperse lanzas con el casero por pequeneces y tonterías.

Por derecho ó por costumbre tenia la de tutear á todos los inquilinos, y se servía de ellos para todas sus necesidades, como si fueran legos ó criados de su convento.

Al inquilino sastre, le decía que fuera á verle y le arreglaría una chaqueta para debajo del hábito; al zapatero le daba un sombrero de teja viejo para que le hiciese unas soletas ó plantillas para los zapatos; cosa muy recomendada contra la humedad antes de conocerse las virtudes de la gutta-percha; hacíale las camisas la viuda del cuarto principal; daba á la huérfana de la guardilla unos pañuelos para que se los dobladillara, y por último, al marido de la lavandera le enviaba al estanco por un cuarteron de tabaco de polvo.

Cuando se desalquilaba algun cuarto, daba las llaves á cualquier vecino, y le encargaba que estuviese á la mira cerrando y abriendo todos los dias las ventanas. Y si merecia su confianza, le mandaba que contase los cahices de yeso y los ladrillos cuando habia obra.

En suma: el fraile casero, no tenia tantos afanes como el casero seglar, y natural era que sucediese así, porque el uno administraba sus bienes y el otro los de la comunidad. El uno tenia que pagar muchas cargas y el otro ninguna.

Seglares son hoy los poseedores de todas las fincas de AYER, pero segun indicamos al principio de este cuadro, el casero de antaño ha desaparecido.

El de ogaño es un propietario que considera la casa como un capital cualquiera, al cual si le puede sacar el 30 por 100, no se ha de contentar con el 25.

Los inquilinos no son prójimos, sino pájaros que no pueden vivir sin nido, y que han de buscarle aunque el árbol se suba tan alto que casi toque al cielo.

Del casero de antaño no queda otra cosa, sino un ligero aire de familia que tienen con el procurador del convento los administradores de las casas de Beneficencia.

Como los pobres son siempre menores de edad, los administran con lujo y despilfarro.

Hoy, los que andan á caza de gangas, busean una casa que pertenezca á la Beneficencia y no se haya vendido en pública subasta, como habrían buscado AYER una finca de frailes.

Todo es administrar, y por eso dicen que el ojo del amo engorda al caballo, y que la hacienda su dueño la vea, y si no la vé que no la tenga.

EL CASERO DE OGAÑO.

La propiedad es un robo.

Esto dijo Proudhon y es fama que se quedó tan fresco al decirlo, como los propietarios al oírsele decir. El propietario de la casa en que vivía el modernísimo regenerador de la sociedad, se presentó al día siguiente á verle, le felicitó por su obra, le cobró un trimestre adelantado del inquilinato, y le anunció que desde el siguiente le pagaría mayor alquiler por el cuarto que ocupaba. Proudhon rogó y suplicó al ladrón, y cuando mas tarde le han querido obligar á que sostenga su estravagante máxima, ha dicho con la misma frescura que antes: «No quiero repetir con necia y cobarde impertinencia la fórmula demasiado conocida y poco comprendida de que, *la propiedad es un robo*; esto se dice una vez y no se repite. Deje-mos esta máquina de guerra, buena para la insurrección, pero que hoy no puede servir ya sino para contristar á las pobres gentes.»

Las pobres gentes á quienes Proudhon alude son los propietarios; tu casero, lector, tu casero y el mío, los cuales lejos de contristarse han preferido contristarnos á nosotros. Y aunque hay quien cree que todo lo que hacen para estrujarnos es por miedo de que algún día la máxima proudhoniana sea el primer artículo del código fundamental del Estado, esto es otra paradoja, y ya ves que trazas tienen de creer que la propiedad es un robo, cuando añaden un piso y otro á las fincas, apilando habitaciones, como el avaro api-la onzas de oro.

Aunque Proudhon es el que parece haber hecho la frase, la frase estaba hecha y con mas palabras, porque antiguamente todo se daba mas desleído, estaban los propietarios muy acostumbrados á oirla, y muy acostumbrados tambien á reirse de ella.

Todos los filósofos, desde que á la humanidad le ocurrió inventar la filosofía, que no debió ser ni al vaciar la olla en el plato, ni al tender la cabeza sobre la almohada, sino despues de haber comido y haber descansado; todos los filósofos, digo, han tratado de pedirle á la propiedad su fé de bautismo, para ver hasta que punto era hija legítima del derecho y de la equidad y donde estaban sus padres cuando ella

vino al mundo; que es casi lo mismo que preguntarle á éste donde se hallaba antes de ser lo que hoy está siendo. Si Dios hubiera empezado por hacer la luz, habria sido fácil ver de donde venia el mundo, pero como éste se hizo á oscuras, y como tampoco el hombre se hallaba presente cuando el Sol hizo su debut artístico, es imposible averiguar nada por otro camino que por el de la Fé, que afortunadamente no necesita ni papel sellado, ni pergaminos, ni menos escribanos que legalicen lo que ella afirma, que es la verdadera legalidad cristiana.

Grandes disputas y no pequeñas batallas ha habido en averiguación del tuyo y el mío, y como los hombres creen haberse hallado todos á la vez en el mundo, piensan de vez en cuando que á todos les asiste igualmente el derecho de ser propietarios de la tierra, de los frutos y de las fincas.

Nosotros, ya lo hemos dicho en la primera parte de esta obra, creemos que «eran pocos, llegaron los primeros, vieron el mundo, les pareció hermoso, le partieron en cuarte-rones, tomó cada cual el suyo y punto concluido.»

Los comunistas modernos, y aun los antiguos, que ribetes de ello tuvo Moisés y ribetes y aun puntas y collares Platon, siempre quieren que vuelvan al cántaro los títulos de propiedad y que se reparta esta como pan bendito entre todos y por partes iguales. Las comunidades religiosas no discutieron, pero negaron la propiedad haciéndola prácticamente un bien comun, y este ejemplo ha trastornado á muchos filósofos, hasta que ha venido la Economía política y en nombre de las clases desheredadas, ha desheredado á los frailes, á las monjas, á los hospitales y á los municipios y por medio de la desamortización ha hecho un ligero ensa o de comunismo. Pero ya hemos dicho en otros capítulos que la propiedad ha pasado así, de la comunidad de los frailes, á la comunidad de los capitalistas, y así tejiendo y destejiendo, las cosas han venido á quedar en el fondo lo mismo que estaban.

Quererle quitar al labrador la propiedad de la tierra y no poderle expropiar del sudor con que la ha regado, ni de los afanes con que la ha convertido de un erial improductivo en un vergel de grandes productos, es una cosa que pueden pensar á todas horas los filósofos, pero que no saben ejecutar los matemáticos. Estos suman juntos el vuelo y el suelo y no conciben que la tierra sea una cosa y el fruto que ella ha criado otra.

Pero á tu casero y al nuestro, carísimo lector inquilino, nadie le disputa el suelo ni el vuelo. El terreno es suyo, y la finca que sobre él ha construido tambien. Proudhon dirá cuanto quiera y se arrepentirá despues de lo que ha dicho, pero nuestro casero, hará cuanto le dé la gana sin enmendarse ni arrepentirse.

En el ayer de esta historia, la propiedad era del casero, pero la casa era del inquilino. El tenía legalmente hablando, el suelo, pero tú hacías del vuelo lo que te daba la gana. Aquellos polvos han traído estos lodos. Apartemos de nuestra memoria semejantes recuerdos, que hartas lágrimas vierten los inquilinos cuando lloran en los juicios de conciliación, siempre irreconciliables, su pérdida independencia, y veamos al casero de ogaño como sino hubiera existido el de antaño. Si te diere, lector, la mala tentación de registrar la primera parte de esta obra, pasa de largo el cuadro 38, como si estuviera en la restauración, reza un Pater noster, por el alma del difunto y nada mas.